



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

ÉPOCA 2.^a

NÚM. 4.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 34 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 28 Agosto 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

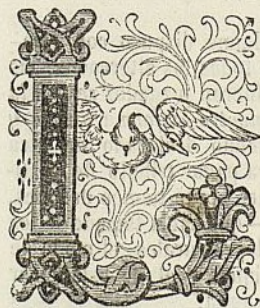
En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Gerónimo Flores.—El Tribunal de las aguas de Valencia, por D. Eduardo Atard.—Fotografía, por D. Angelino Esteller.—Cositas sueltas (continuacion), por Don Enrique Gaspar.—La muerte de Cervantes, por D. Federico Sawa.—La cara, por D. José Selgas y Carrasco.—A la esperanza (poesía), por Doña Isabel Poggi.—Serenata (poesía), por D. Teodoro Martel Fernandez de Córdoba.—La mano ardiente: tradicion, por Rafael Blasco, (continuacion).

Láminas. Vista general de la ciudad de Monaco (Italia).—Jerusalén: puerta de oro por donde entró Jesucristo viniendo de Bethania, despues de resucitar á Lázaro.—El pescador de caña.

REVISTA DE LA SEMANA.



Los periódicos estrangeros siguen ocupándose de las fiestas celebradas en París con motivo de la visita del augusto esposo de nuestra Soberana.

La representacion en el teatro de la

Ópera, el baile y la comida en la galería de los

espejos en Versailles, ha sido todo suntuoso y digno del régio huésped.

La concurrencia inmensa; y en todas las recepciones se han visto muchas personas de nuestra aristocracia.

El fallecimiento de la princesa Czartoriski, hija de la reina Doña María Cristina, ha causado viva sensacion en París y ha sido causa de que en el baile dado por la Emperatriz no reinase la alegría que era de esperar.

El *Monitor*, en su edicion de la mañana anuncia que el Rey de España se ha dignado socorrer las desgracias de los incendios en Limoges.

Rasgos como éste no necesitan comentarios, el piadoso corazon de nuestros Reyes en todas partes encuentra motivos para prodigar sus beneficios.

Tambien los franceses que han visitado la corte han socorrido la indigencia depositando en poder del Sr. Gobernador de Madrid la cantidad de 4,200 rs. para que los distribuyese entre las familias mas necesitadas.

En medio de las grandes diversiones siempre hay algun suceso doloroso que vela la alegría de la humanidad.

En Limoges, á la hora precisamente en que se disparaban fuegos artificiales en el campo de Julio en honor de las fiestas que en dicho punto se hacen anualmente, se declaró un horroroso incendio en la calle de las Arenas, destruyendo todas las casas comprendidas entre esta calle, la plaza de la Matte y el boulevard de Santa Catalina. Se han quemado 150 casas y las pérdidas se dice que ascienden á cinco millones de francos.

Tambien una carta de Matanzas nos dá

cuenta de otro incendio ocurrido en el hotel de Hewit ó sea Hewit's Hotel, como le llaman los americanos.

Este hotel está situado en Versailles, junto al rio y puente de Yumuri. La conflagracion era terrible, y se comunicó muy pronto á las casas contiguas.

Segun las noticias recibidas, el hotel fue reducido á cenizas, junto con su mobiliario, muy rico todo, y que consistia en sillones de caoba en extremo elegantes, camas de la misma madera, dos excelentes billares, mesas, sillas, etc., todo asegurado en la compañía Northern Assurance C. en doce mil pesos, mientras que el edificio, que pertenecia al Sr. D. Bernardo Morejon, lo estaba en quince mil y en la propia compañía.

Las casas quemadas, contiguas al hotel, propiedad de D. Ildefonso Perez, fueron dos, ignorándose si se hallaban aseguradas.

Parece que el incendio tuvo origen en la cantina ó sobre los billares en piso alto, y hay que advertir que de resultados de haber muerto en él, hace cosa de un mes, la esposa del dueño del hotel y uno ó dos estrangeros mas atacados del vómito, se hallaba el establecimiento abandonado, ó mejor dicho, al cuidado de un solo hombre.

Las pérdidas de la compañía espresada de seguros montan, segun se vé, á la suma de 27,000 duros. La del Sr. Perez quizá sumará de seis á ocho mil.

El reino del génio es la memoria de los siglos.

El opulento banquero D. José Salazar

ha inaugurado en Pésaro la estatua que ha erigido á Rossini en la estacion del ferro-carril que le pertenece.

Bolonia no ha querido ser menos y ha colocado una lápida monumental en honor del gran compositor.

El conde Carlos Pépoli ha presidido la ceremonia.

El aniversario secular del nacimiento del gran poeta Schiller, se ha celebrado en Francfort, sobre el Mein, con dos dias de fiesta, inaugurándose la estatua magistral de este personaje que ha sido fundida en los talleres de M. Millev de Munich y se debe al cincel de M. J. Dichnana. Su coste ha subido á 14.000 florines, y el poeta está representado de pie, con la frente y ojos elevados al cielo, como siguiendo á su pensamiento; tiene en la mano la pluma con que escribió sus obras maestras y de sus hombros pende un manto.

Los goces de esta vida pasan como la sombra.

Los que rompiendo el círculo de su monótono existir, han salido de sus casas en busca de gratas diversiones, empiezan á disponer sus equipages para volver á sus hogares.

Nuestras bellas niñas ven en los pueblos cercanos de Burjasót, Godella y Moncada, un cielo de esperanzas.

Algunas familias de las que se han ocultado en el Cabañal se disponen á partir con el triste recuerdo de la presente temporada y la alegre esperanza de la venidera.

Las obras del nuevo teatro que se ha de construir han empezado, y segun los planos promete reunir cuantas condiciones son indispensables para los meses de calor.

En nuestra capital nada de notable ocurre; tanto el Sr. Hurtado, Gobernador civil, como el Sr. Francés, Alcalde-corregidor, siguen conquistándose las simpatías de cuantos tienen la honra de tratarlos.

En todas las cuestiones de que se han ocupado han dado evidentes pruebas de mirar por los intereses de la poblacion, haciendo justicia á cuantos la reclaman de una manera digna por todos conceptos.

La autoridad ejercida por el talento es la que constituye la verdadera justicia.

Los teatros deben abrir sus puertas en los primeros dias del mes próximo.

La acertada idea del Sr. Diestro nos proporcionará poder asistir á los dos que existen, bien oyendo las fuertes notas de Verdi ó las melodías de Bellini en el aristocrático coliseo de la calle de las Barcas, ó la chispeante gracia de D. Pedro García, en el de la Princesa.

De obras dramáticas y literarias poco podemos decir á nuestros lectores.

El Sr. D. José Zapater y Ujeda, abogado del ilustre colegio de esta capital, ha traducido el folleto de monseñor Parisis, obispo de Arras, titulado *Jesucristo es Dios*, en refutación de la historia de Jesus de Mr. Renan, cuya traduccion, que tenemos á la vista, ha sido dedicada al Sr. Arzobispo de Valencia.

El conocido y antiguo escritor dramático Sr. Bermejo, ha terminado una comedia en tres actos titulada, *Dos cartas y un caracol*.

Se ha presentado para la aprobacion de la censura un drama en tres actos y en verso titulado *La esclava de su honra*.

Anuncia *La Presse* que en breve verá la luz pública un libro de Emilio Girardin, titulado *Los derechos del pensamiento*, fruto de treinta y tres años de experiencia y de estudios. Al frente del tomo va una estensa memoria sobre las cuestiones de la prensa, dirigida en forma de carta á M. Rouher, ministro de Estado.

En Florencia va á publicarse un libro que está destinado á escitar vivamente la atencion, por ser debido á la pluma de un testigo ocular. Dicho libro debe titularse *Misterios del claustro napolitano*, y está escrito por Enriqueta Caracciolo, monja benedictina, que fue

encerrada hace mas de veinte años en un convento contra su voluntad, del que no hapodido salir hasta estos últimos dias. La señorita Caracciolo pertenece á una de las principales familias de Nápoles, y goza fama de muy ins-truida.

GERONIMO FLORES.

EL TRIBUNAL DE LAS AGUAS

de Valencia.

I.

El tribunal de las aguas de Valencia en 1800, ya lo saben los lectores de EL MUSEO LITERARIO, es bajo el punto de vista artístico, un bellissimo cuadro, que, un distinguido joven compatriota nuestro, ha visto premiar por el emperador de los franceses, adquiriéndole para su museo.

El asunto del cuadro recuerda al historiador una institucion secular y veneranda.

Al filósofo y al jurisconsulto ofréceles motivo para apreciables consideraciones.

A los valencianos, que tan amantes generalmente somos de nuestro pais, recuérdanos una de sus costumbres clásicas.

Ese precioso cuadro, depositado allí, en la que se reputa capital del mundo ilustrado, será bellissimo testimonio de una de esas muchas instituciones que nuestra antigua España puede ofrecer como modelos á las demás naciones.

Los descubrimientos, los inventos y los adelantos que un dia y otro se suceden, al par que marcan el progreso de la civilizacion, protestan contra esas escuelas que no encuentran lo bello, lo útil y lo justo, sino en las cosas y en las instituciones de los tiempos que pasaron.

Pero los monumentos, las obras y las instituciones que los siglos van de los siglos heredando, son á su vez protesta elocuentísima, contra esas escuelas que pretenden reformar las sociedades desde sus cimientos, mas ó menos sinceramente enamoradas de utópicos sistemas.

Montaigne ha dicho: «No hay leyes mas acreditadas que aquellas á las cuales el Sér Supremo ha concedido una antigua duracion, de modo que nadie sepa su origen, ni jamás hayan sido alterados.»

Esto mismo puede decirse de las instituciones, y aplicarse de lleno á la de *El tribunal de las aguas de Valencia*.

Nadie sabe su origen.

«En vano, dice un distinguido escritor francés (1), buscaríamos entre nuestros usos y en la compilacion de nuestras leyes, una institucion semejante; solo España la posee como un legado, y el pueblo que la creó no existe ya mas que en la historia.»

Nadie sabe su origen; «puesto que la historia legal del pais no atestigua su primitiva creacion, ni se encuentra semejanza de él en ninguna otra provincia, de la que pudiera haber sido importado en ésta (2).»

«En vano, (añade el Sr. Joubert de Passá, apoyándose en la opinion del Sr. Borrull), se buscará el origen del tribunal de los acequeros en las asociaciones agrícolas de las provincias vecinas. Los jurados de Zaragoza tenían una jurisdiccion muy limitada; los acequeros de Cataluña y los de Mallorca no ob-

tuvieron las facultades concedidas á los de Valencia hasta el año 1356, mas de cien años despues de la conquista.»

Jamás ha sido alterado; porque resistiendo y sobrenadando á todas las revoluciones y todas las desgracias, á todos los acontecimientos y todas las reformas; calurosa y afortunadamente defendido, cuando algunas veces ha sido combatido ó amenazado, *El tribunal de las aguas de Valencia* ha sido, es hoy y será probablemente por mucho tiempo, el mismo en la esencia y en la forma.

Es una gloria valenciana, y el Sr. Ferrandis merece el aplauso y el agradecimiento de su patria, por haber consagrado su génio y sus pinceles en trasladarla al lienzo del modo brillante que lo ha hecho.

II.

La invasion y dominacion agarena tuvo en España un carácter particular muy distinto del de las razas del Norte, y fue la de posesionarse del suelo, no para dejarlo en abandono en manos de los colonos y feudatarios, sino para fijarse en él como la tierra prometida y convertirlo en un paraíso terrenal (1).

Uno de los ramos en que su dominacion ejerció grandísima influencia fue en el arreglo, distribucion y mejor aprovechamiento de las aguas, y muy singularmente en el reino de Valencia.

«Herederos los moros de los caldeos, egipcios y persas, como dice Mr. Jaubert de Passá, habían adquirido en el Oriente los conocimientos prácticos de que hicieron la mas feliz aplicacion á las regiones de España. La agricultura nabatea, fundada sobre la observacion, tuvo escuelas en Granada, contribuyendo grandemente á mejorar la suerte de los pueblos y crear riquezas desconocidas, sobre un suelo que los romanos habían sin embargo cultivado tambien.»

«Ellos fueron, decia en las Cortes del año 12, el ilustre valenciano D. Javier Borrull, al defender *El tribunal de las aguas*, ellos fueron los que avergonzándose de que corriesen plácidamente las aguas del Turia hasta sumergirse en el Mediterráneo y no sirvieran de utilidad alguna á las tierras por donde pasaban, ejecutaron el vasto proyecto de sacar del mismo, en las inmediaciones de Valencia, siete acequias (despues se construyó otra), cuatro por la parte del septentrion, á saber: las de Moncada, Tormos, Mestalla y Rascaña, y las demás por la del mediodia que lo son las de Quart, Mislata, Favara y Rovella, dividiéndolas en diferentes ramales ó brazos y pasando á veces unas sobre otras, con el fin de proporcionar agua á los molinos, y riegos á otras varias heredades.»

Gracias á ellos nació y subsiste ese jardín inmenso en cuyo centro se halla la hermosa Valencia, gloriosa conquista del señor D. Jaime I, quien sabiendo apreciar aquel admirable sistema de riegos de su vega, hizo donacion de las acequias y de sus aguas á sus habitantes y pobladores, sin introducir reforma alguna, antes por el contrario, añadiendo que debian tomar las aguas de ellas, segun antiguamente fue establecido y acostumbrado en tiempo de los moros.

El mismo rey D. Jaime dispuso con relacion á los riegos, que todos los altercados, las obras y menoscabos, fueran juzgados *segons la manera, el establissement é la forma antiga y el estat antich*; habiendo declarado en otra acta—como si quisiera pagar tributo de gratitud á aquellos á quienes algun tiempo despues, hizo espulsar en masa—que había tomado de los moros algunas de sus leyes rurales, el modo de construir canales y diques y el de establecer y dirigir las tomas de agua.

(1) Mr. Jaubert de Passá.—Canales de riego de Cataluña y reino de Valencia.—Obra por muchos conceptos notable, traducida al castellano por nuestro distinguido amigo el Sr. D. Juan Fiol, y publicada y adicionada por la Sociedad Económica de Amigos del Pais.

(2) Sr. D. Francisco Galán, ex-decano tres veces de este Colegio de Abogados, en su concienzuda obrita «Tratado de legislacion y jurisprudencia sobre aguas,» tan conocida y tan justamente celebrada, que á nuestra amistad no es dado aumentar su elogio.

(1) D. Cirilo Franquet y Bertran; Hidronomía ó proyecto de un código general de aguas, 1859.

Quien tan solícito se mostró en conservar la agricultura del reino conquistado, el orden de riegos que la hiciera rica y admirable, no es aventurado suponer, como lo hace una antigua y constante tradicion, que adoptó para completar el sistema agrícola, el tribunal de los acequeros, tal cual, sin duda, los moros lo tenían.

Esta tradicion popular encuéntrase también consignada y admitida sin contradicción, por cuantos escritores hemos consultado, deseosos de conocer la historia, naturaleza é importancia del *Tribunal de las aguas de Valencia*.
(Se continuará.)

EDUARDO ATARD.

FOTOGRAFÍA.

I.

Figúrate, señor lector, una noche serena. Una de esas noches que parecen iluminadas con rayos del cielo.

Noches en las que no se ven nubes; en que se distingue la tierra y se ven brillar las estrellas.

Noches en las que un vagoroso, aéreo velo, llevado por voluptuosas ráfagas cubre las verdes copas de los árboles y las enhiestas cumbres.

Suponte que un rayo de la luna alumbra una habitación cuyas dimensiones, cuya arquitectura y cuyo mueblaje dejo á tu gusto; que en esta habitación hay una mesa, é inclinado sobre ella un hombre.

Figúrate que este hombre soy yo, que deseaba pensar en muchas cosas; pero el dulce gemido del aura en las hojas, y el blando susurro del riachuelo que besa el pié de mi ventana—todo esto vas suponiéndotelo—me han adormecido, y paralizadas mis facultades me he distraído de la idea que me traía preocupado.

¡Y es una lástima, porque hubiera pensado en muy bellas cosas!

Pero sigamos en las suposiciones.

La brillante luz de la luna que teñía de una manera poética, melancólica mi habitación, ha desaparecido: he tenido que encender una lamparilla, y he tomado un libro.

Eran églogas.

Su sencillez y ternura han despertado en mí vivos deseos de disfrutar tan tranquila vida; aquellos pastores que llevaban ceñida su sien de verbena y corrían por campos, llenos de lirios y de azucenas nacaradas, tras bellas zagalas, me encantan; aparte de las simpatías que he sentido por este género de poesía que ha sido en todos tiempos el asilo de la idea liberal en sus frecuentes y rudas proscripciones. Así es que la veo usada por los poetas de Alejandría, por los de Roma en tiempos de su decadencia; por el solitario de Vaucluse, el amante adorador de Laura; por nuestros poetas en la época que moría nuestro arte, y decaía en el culteranismo la bella literatura española. Han sido pues las églogas como una protesta elocuente y viva, en sus escenas pastoriles, contra el despotismo sea en nombre de quien quiera.

Esta última palabra despertó en mi mente otro mundo lleno de escombros en donde vi confundidas creencias de pueblos, coronas de reyes, altares de dioses y lanzas de caudillos: no podía pues ya satisfacerme la sencillez de las églogas, era necesario otro libro más en armonía y que se adaptara al nuevo orden de ideas que habían tomado asiento en mi cabeza.

Tomé la *Scientia nuova* de Vico; leí con avidez sus bellas páginas, examiné si podía decir al progreso «este es tu término, esta tu valla,» le admiré al verle evocar en su mente al hombre-humanidad, y romper con valor con la tradicion en aquel tiempo en que aun no

se había operado la revolucion filosófica de Alemania que se tradujo en hechos en esa deshecha tempestad que se llama revolucion francesa.

Era mi cabeza un torbellino; pero yo quería escribir algo y abandonando los libros, intenté fotografiar ciertos tipos que se han reflejado de una manera exacta dejando perfectas sus formas en la cámara de mi corazón.

Puse pues manos en la obra, y aquí te presento una fotografía. Ha salido muy negativa, tanto como las virtudes cívicas de ciertos padres ó tíos á los que calificó muy bien Espronceda de

Tontos de buena fe para callar.

II.

Es un jóven, en su frente se dibujan prematuras arrugas, está triste: una sonrisa escéptica cruza casi sin tocar sus labios, y es que había abierto su alma pura al amor y á la esperanza; pero las rosas de sus mágicas ilusiones han caído hoja á hoja al menor soplo de la desgracia. No quiere empero ser vencido en esta lucha, combate y espera levantarse ceñida su frente con la doble corona de la victoria y del génio.

En esta edad en que el corazón late á impulsos de nobles causas y en la que se arraigan en nuestra inteligencia las grandes ideas como en la cima de los altos montes se arraigan los árboles de proporciones gigantescas; en esta edad en que no conocemos el odio, arrullados siempre por las brisas de la juventud que nos hacen querer, creer y amarlo todo; edad en la que distinguimos entre los celajes del tiempo un porvenir lleno de felicidades, tenemos fé, y ni los desengaños, ni las decepciones nos desmayan. Nuestras almas son de un temple que antes que ceder, sucumben repitiendo como la antigua Medea, confiados en nuestros santos y puros sentimientos «contra tantos enemigos ¿qué nos queda?... yo, yo repetí, y basta!...»

El jóven cree siempre, dando pábulo á sus ilusiones, que el mundo no le rechazará de su lado, que premiará sus esfuerzos, y recompensará sus largos insomnios y sus primeros y mejores años perdidos entre las hojas de voluminosos libros; confía, y empuñando la lira de oro de las edades clásicas se asocia á ese eterno canto de la humanidad que se llama Biblia, Mesíada, Lusiadas, Fausto, Divina Comedia.

Impulsado por su inspiración, trabaja con ardor, consume su existencia, corre en busca de nuevas edades, de importantes descubrimientos para perfeccionar la humanidad. Interroga á los cielos, desciende á las entrañas de la tierra, le arranca sus formas y examina esas civilizaciones que se hunden una tras otra en la sima de los siglos.

Nuevo bardo, en medio de este siglo de transición en que los billetes de banco y los títulos del tres por ciento son las mejores producciones, canta á Dios en el cual tiene fé, canta á su patria, se hace eco de los triunfos de la industria, de los progresos del arte; es la voz de una generación que se levanta radiante de júbilo, con el sol de libertad en la frente, del seno de cien siglos de esclavitud.

Pero su voz se pierde entre los silbidos de la locomotora y las algazaras de las operaciones positivas de la bolsa: encuentra un engaño donde creía hallar una esperanza, un sepulcro donde distinguía la cuna de su porvenir, una poca de ceniza en vez de un rayo de luz.

Sus lábios quieren dar salida á una maldición; pero su pecho que no aposenta pasiones mezquinas, olvida los desaires y vuelve otra vez á trabajar y á luchar con nuevo ardor.

Nuevas decepciones le siguen minando y consumiendo lentamente su existencia; y el que había soñado en un trono, ocupa en sus

postreros días el número tantos de un asilo de caridad.

Su historia es la de Cervantes y Camoens, ó la de Estéban Dalet, ese proto-mártir del pensamiento libre.

(Se continuará.)

ANGELINO ESTELLER.

COSITAS SUELTAS.

(Continuación.)

IV.

Artemisa se encuentra rodeada de algunas compañeras de colegio que se recuerdan las travesuras de sus primeros años por espacio de veinte minutos; pero poco á poco la conversación va particularizándose, y subdividiéndose en parejas los individuos de ambos sexos que allí se agitan, concluyen por hacer completa abstracción de la neófito.

Con todo, como Artemisa tiene muchos alientes, no tarda en encontrar aspirante.

—Supongo, señorita, que nos dispensará V. el obsequio de admirar esta noche su talento músico, la dice un esbelto jóven inclinándose respetuosamente la cabeza hasta formar con el resto de su individuo un completo 7.

—Agradeciendo la lisonja suplico á V. que me dispense de hacerlo, contesta Artemisa no ruborizada por el galante disparo de Altisidoro, que así se llama el jóven, sino teñida de rojo la cara por la alegría que á ella se asoma gritando: Ya pareció aquello.

—Temeraria haber sido indiscreto...

—V. no puede serlo nunca.

¡Hola! ¡hola! V. no puede serlo nunca. ¿Y que sabe V., señorita, cuando esta es la primera vez que ese jóven le dirige á V. la palabra? Pero ya caigo; la simpatía es consecuencia inmediata de la adulación y cuando á una muger se le dice que tiene talento el que lo dice puede faltar á la verdad; pero ella no puede creer nunca que el adulador se equivoca. Adelante.

—La encuentro á V. sumamente abatida.

—Es circunstancia especial de mi carácter.

—Sin embargo, belleza y juventud unidas no suelen producir ese resultado.

¡Qué bribón! ¡Cómo está adquiriendo títulos!

—Por lo mismo el que se verifica en mí destruye por completo tanta lisonja.

—No tal. Mi apreciación es exacta y ese abatimiento solo es hijo de una sensibilidad esquisita que acaso nadie ha sabido comprender.

—¿Nadie?

—Si no temiera equivocarme diría que por lo menos *hasta hoy*.

Artemisa sonríe graciosamente. Altisidoro conociendo todo el valor de esta sonrisa la obliga á apoyar los piés á modo de taburete en una silla que él ocupa delante de ella. La pobre está absorta al considerarse objeto de tan delicadas atenciones ignorando que la silla que el amante pone á los piés de la muger que solicita, cuando es marido concluye en la cabeza de la muger propia.

—¿No ha amado V. nunca, Artemisa?

—Nunca.

—No obstante, su corazón debe haber esperimentado esa necesidad. La muger, sensible por naturaleza, á falta de una pasión real adora un mito. Necesita de otro sér que la comprenda, en quien depositar su confianza y que pueda ser participe de sus tiernas y delicadas atenciones. Un hombre, en fin, que rindiéndola culto sepa leer en su lánguida mirada todo un poema de amor y convertir en un oasis el páramo desierto de la vida.

Artemisa ve ya un oráculo en Altisidoro y dice para sí:

—Este hombre me ha comprendido, es la



VISTA GENERAL DE LA CIUDAD DE MONACO (ITALIA).

realidad de mis sueños, sabe leer en mi alma, me adivina.

¡Infeliz, incauta, inocente, ignorante! Ese hombre no hace sino referir la historia de todas las mugeres. El amor espiritual es vuestra cuerda sensible y unas mas tarde que otras todas conclusas por responder á la misma vibración. ¡Ay! la poesia del amor concluye con el matrimonio. El espíritu y la materia no pueden albergarse bajo un mismo techo. Tus padres tambien se arrullaban en la region de las ilusiones y al estilo sublime llegó á suceder al fin el: —Toma, Manuela, córtame este callo.

Pero Artemisa no puede comprender esta metamorfosis, ó si fija la atencion por un momento en tal idea, el pañuelo de Altisidoro aplicado á sus narices con cierta negligente elegancia, restituido al bolsillo sin pasar antes por su fondo una mirada inquisitorial, la confirma mas y mas en la diferencia que cree existir entre su amante y el autor de sus dias.

El hombre para ella es su prototipo, su ideal; *La señorita Maupin* que bajo la forma de Teodoro ha sabido producir la elegante pluma de Teófilo Gautier.

En resumen, la circunspeccion y el delicado estilo de aquel jóven, la atmósfera impregnada del aroma de las flores, los caprichosos juegos de luz que la rodean y las dulces armonías del piano conspiran contra Artemisa, desarrollan su sensibilidad y arrancándola el *si* funesto, la convierten en una de las innumerables víctimas del amor.

Y pasan algunos meses.

Y los padres se oponen y el cariño se convierte en pasión con este contratiempo.

Por fin, ceden ante la razón, porque en efecto, él no es rico, pero tiene una carrera, es trabajador, honrado y sobre todo ama á la niña con delirio; ha jurado labrar su felicidad y para ello solo espera á que el gobierno haciendo justicia á sus brillantes dotes utilice su talento en beneficio del país y de su familia.

El gobierno lo sabe por un diputado ministerial que amenaza pasarse á la oposicion,

y el jóven jurisconsulto recibe el nombramiento de oficial cuarto del ministerio de Gracia y Justicia.

Ya no le falta nada. Tiene carrera, posicion, familia y voto.

Todo es placer en aquella casa.

Las artes y la industria adquieren con tal motivo un gran desarrollo. El nogal y el pino toman caprichosas formas en el taller del ebanista, los lienzos mas delicados con sus inseparables compañeros el pasado y el realce se disponen á velar contornos de la pudorosa doncella, y el Utrech como el célebre tratado de su nombre viene á establecer la paz entre los dos afortunados mortales.

La Suiza se presenta en su imaginacion con todas las bellezas de su brillante panorama. El lago de Lucerna, los cuatro cantones, la rica vegetacion del valle de Chamounix y la choza en lo mas accidentado del Montblanc son el sueño constante de Artemisa que ve en Lindoro al pastor enamorado entonando idilios á una zagala á quien el sol guarda el respeto debido á su sexo, haciéndose conservar esa pureza de color que solo brota de la misteriosa paleta de Rosa Bonheur.

Va en fin á personificar su idea; la cuestion es de hombre.

Mañana podrá salir sola; mañana podrá hablar libremente en sociedad de cierto asunto que hoy no ignora pero que hipócritamente afecta no saber.

La muger suelta su ignorancia con su último trage de soltera y adquiere una ciencia infusa con el de boda.

La bendicion nupcial es un gran maestro. La doncella se acerca al altar con los párpados caidos y ligeramente teñido el rostro con el carmin del pudor; la esposa aparece en el umbral de la iglesia con la insultante mirada del triunfo y con la lividez de la soberbia.

El matrimonio es un limon que se come hasta los colores de la vergüenza.

Artemisa ya ha adquirido el derecho de no ruborizarse. Se ha casado y es muy feliz. Todas lo son al principio.

Mientras se ignoran los secretos de la magia la ilusion es completa, fascina; pero, cuan-

do la vista sorprende las cajas de doble fondo el desencanto es inevitable.

Ocultarlas á los ojos del público es el mérito del prestidigitador.

Voy á permitirme matar á los padres de Artemisa en primer lugar porque no los necesito, en segundo porque su muerte me precisa para mi objeto, y últimamente, porque no peca de inverosímil puesto que nada es mas lógico que el que los jóvenes sobrevivan á los viejos.

Su hija trata de llorar su muerte y aun la llora; pero encuentra pronto y eficaz consuelo en los brazos de su marido á quien solo conoce algunos meses.

El cariño ó el amor, que para mí es todo una misma cosa, no es divisible. Se deposita totalmente en una persona determinada y al trasladarlo á otra solo queda para la primera el recuerdo del uso ó del abuso que haya podido hacer del depósito. De otro modo no concibo que una muger abandone á sus padres por unirse á un hombre que desconoce y á quien aquellos niegan justamente el título de hijo, ni mucho menos que esta misma muger lllore y no solo lllore sino sienta mas la muerte de su marido que la de quienes le han dado el sér.

En el caso presente Artemisa lloró porque el recuerdo era grato; pero Altisidoro la dijo: —Por Dios, hija mia, consuélate, mucho has perdido; pero te queda mi amor que es inextinguible; además nada te falta.

Y este nada te falta le consoló por aquello de que los duelos con pan son menos. Si hubiera tenido que ganarse la subsistencia trabajando, sus lágrimas hubieran sido mas abundantes.

Es decir, que el sentimiento como la política tiene relacion directa con el estómago.

En fin, quitémonos el luto y vamos á ver como Altisidoro al cabo de poco mas de un año hacia lo que todos los hombres con sus mugeres; es decir, echarse á los ojos la tierra: dar lugar á que Lindoro prive.

(Se continuará.)

ENRIQUE GASPAR.

LA MUERTE DE CERVANTES.

I.

En la calle de Leon, esquina á la de Francos, de la coronada villa de Madrid, alzabase por los años de 1616 una casita de dos pisos de mezquina apariencia, cuya fachada de color oscuro, tétrico, manchado por la intemperie, revelaba á primera vista su antigüedad.

Pasado el húmedo y estrecho zaguán, encontrábase una desvencijada escalera, en cuyo frente, al rematar el primer tramo, veíase una puerta pintada de verde.

Traspassada ésta, seguía un oscuro corredor donde abrian tres pequeñas puertas correspondientes á otras tantas habitaciones.

En la primera como se entraba á mano diestra, ocurría una triste escena la tarde del jueves 21 de Abril del mencionado año.

Era la estancia baja, cuadrada, de paredes blancas y desnudas.

En uno de sus ángulos, invadido por un modesto lecho, agonizaba lentamente un hidrópico.

A la cabecera, sentado en un viejo sillón de baqueta, dando vueltas entre los dedos á las gruesas cuentas de un largo rosario, orando fervorosamente entre dientes, con la cabeza doblada al pecho y medio escondida por el capúz de su hábito, pálido, grave y sombrío, había un reverendo padre de la orden de San Agustín.

II.

El menaje de aquel aposento era bastante pobre.

Una mesa de roble cubierta de papeles borronados y libros esparcidos en desorden, entre los que descollaba un enorme tintero de plomo, y donde ardía una vela en su candelero de azófar; un bufetillo ocupado por redomas y medicamentos; un viejo cofre encerrado, barreteado de hierro, puesto al extremo; una mohosa espada de gabilanes, daga y broquel, suspendidos á la pared por un grueso clavo; una tabla sobre el frontal del lecho, con una imagen de Nuestra Señora de Loreto, pintada en su centro, y cuatro escabeles de pino, amen de la cama y el sillón componían el ajuar.

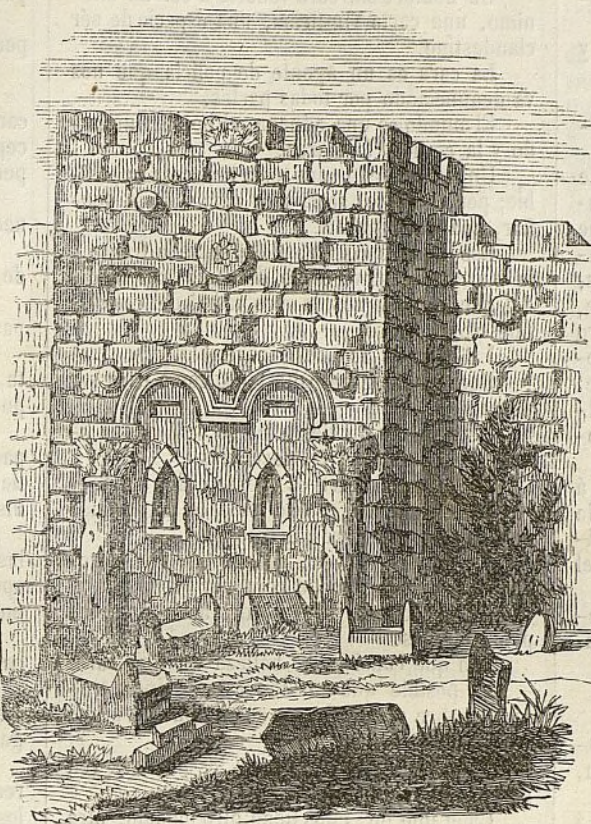
El silencio, era únicamente interrumpido por la respiración ténue y fatigosa del enfermo, que dormitaba, y el leve ceceo del fraile, abstraído en el curso de su rezo.

La fisonomía delgada y macilenta del anciano moribundo, inspiraba veneración y respeto.

La del religioso, mansedumbre y caridad.

La del primero, blanca, de color pálido, mate, frente ancha y desembarazada, á cuyos extremos, se arraigaban escasos mechones de plateados cabellos; ojos zarcos, apagados por el frío de la muerte, medio hundidos en las órbitas, de mirar profundo, noble, pensador; nariz aguileña, ligeramente encorbada en la mitad; pómulos huesosos y marcados, en los que proyectaba tibiamente el resplandor de la luz; boca severamente modelada, sombreada por espeso bigote, y barba del color de los cabellos; todo simétricamente armonizado, enaltecido por un ligero tinte de melancólica dulzura, de triste resignación, formaba un conjunto apacible, bello, como animado por la risueña mirada de Dios.

La del religioso, aunque velada por las sombras de la capucha, á juzgar por su frente ancha y tersa, sus ojos rasgados, dulces y tímidos, su nariz correctamente trazada, y la



JERUSALEN.

Puerta de oro por donde entró Jesucristo viniendo de Bethania, despues de resucitar á Lázaro.

poblada barba gris que servía de marco á su bello semblante, era evangélica, santa, perfumada de paz y unción.

Conociase que la vida de aquel hombre se había deslizado pura y cristiana en medio de los embates y vicisitudes que afectan á la humanidad, practicando las sublimes virtudes correspondientes á su carácter cenobial y edificante.

Aquel religioso se llamaba fray Francisco de Ribera.

El hidalgo que estaba próximo á espirar era... ¡el ínclito soldado de Lepanto, el temerario cautivo de Argel, el regocijo de las musas, el festivo autor del *Ingenioso Hidalgo*, el príncipe de nuestros ingenios, el inimitable, el grande!... ¡Miguel Cervantes Saavedra!

III.

Pasó una hora.

El semblante del enfermo se contrajo dolorosamente: abrió los ojos, incorporóse difícilmente sobre el lecho, y exclamó con voz apenada y lánguida:

—¡Padre... me siento morir!

—Resignación, hijo mío, contestó el buen religioso conmovido, interrumpiendo su cristiana tarea.

—¡Oh! eso sí repuso dolorosamente el enfermo; nunca me he sentido mas fuerte que ahora, señor.... No creais que es la idea de la muerte la que me hace suspirar.... ¡Oh, no!... He pasado en mi desgraciada vida de soldado y poeta por tristes alternativas.... me he encontrado infinitas veces ante el peligro, y le he arrostrado frente á frente; sufrí, en fin, miseria, privaciones.... hambre, y jamás he desesperado; confiando siempre en la Omnipotencia divina, he sabido sobrellevar mi infortunio, viendo pasar á mi lado seres altivos, cubiertos de joyas, rodeados de fausto, deslumbrantes en doradas carrozas, y no he ambicionado su pompa... pero hoy.... ¡hoy!...

Cervantes sollozó; en sus pestañas tembló una lágrima.

—Hablad, dijo el padre vivamente interesado.

—Tengo una esposa, padre mío, un ángel de paz, que ha endulzado mis amargos sinsabores.... y se queda sola, desamparada, sin recursos, sin sustento.... ¡Esto es cruel!... ¡pobre Catalina!...

—Dios vela por sus criaturas, Miguel, confiad en su santa guarda, exclamó con profética voz el religioso.

—Dios, sí, teneis razon.... pero mis recursos están agotados; he trabajado mucho; he visto trasponer el sol y brillar la aurora entregado á serias meditaciones, escribiendo sin cesar, incansable siempre para alcanzar un porvenir, y ese porvenir se ha escapado.... ha huido mofándose delante de mí, como el sueño irrealizable de un loco!...

—Pronto os presentareis á ser juzgado en el tribunal del cielo; olvidad vanidades de la tierra. Dios premia justo á los que obran bien.... Habis sido desgraciado, y nunca maldecisteis vuestra infausta estrella; cual corresponde á honrado hidalgo servisteis á la patria, derramando vuestra sangre, lidiando en Lepanto, en Túnez, en la Goleta!... Como hombre de genio, difundisteis la clara antorcha del saber en vuestras obras.... ¡vuestra vida pobre y oscura, ha desconocido la felicidad!... Mas llegará un día, —siguió tras breve pausa,—que el Señor os recompense: día en que ese pueblo, que tan malamente ha galardonado vuestras virtudes, que os ha mirado indiferente, acaso sin com-

prenderos, vuelva en sí y os reconozca, os admire, proclamándoos honra y prez de las musas españolas... alzándoos tal vez una estatua como muestra de veneración y asombro, en los mismos parages que habeis mendigado el sustento.

La mirada del religioso resplandecía; su voz era segura, inspirada, y el mas fervido entusiasmo se reflejaba en sus palabras.

—¡Ah! señor, murmuró Cervantes agobiado por la pesadumbre de aquella sentenciosa y magnífica profecía.

—Si, hermano mío, sí, continuó; jamás habeis envidiado ni murmurado ajenas obras: alabásteis el talento de los demás sin envidiar el vuestro.... habeis visto eclipsar vuestras comedias por la fecunda musa de Lope sin proferir una queja.... por el contrario, le habeis admirado en silencio llamándole maestro.

—Lope.... ¡el insigne poeta!... ¡el monstruo de la naturaleza!... ¡el fénix de los ingenios! ¡cómo no aplaudirle, señor!...

—Si vuestros días son cumplidos, Miguel, añadió el religioso variando de conversación, ahí os quedan vuestros protectores el noble conde de Lemos y el piadoso arzobispo de Toledo, el ilustrísimo D. Bernardo de Sandoval y Rojas.

—¡El conde de Lemos!... ¡el arzobispo de Toledo! mis bienhechores, mis Mecenas, mi verdadero amparo!... La liberalidad de esos magnánimos y esclarecidos varones, contra todos los golpes de mi ruin fortuna, háme sostenido en pie.

—Y bien, escribidles, hacedles presente vuestra cuita.

—No padre, les escribiré: será lo último que salga de mi pluma mostrándoles mi eterno reconocimiento por sus mercedes. ¡Pero molestarles con nuevas exigencias! De ningún modo; harto han hecho por mí; dejémosles descansar.

—Sois orgulloso Miguel, objetó el padre con cariñoso acento de reconvención.

—¡Ah! no, ¡pero le cuesta tanto al que ha nacido honrado implorar una limosna!... Luego, muriéndome yo, quédale Dios á mi esposa que la amparará en su soledad.

Cervantes levantó sus manos trémulas y alzó al cielo sus ojos humedecidos.

Era un cuadro conmovedor.

—¡Catalina!... exclamó tras corta pausa como torturado por aquel amargo recuerdo.

—Desechad tristes ideas: mientras aliente vuestra esposa no le faltará hogar ni sustento: quedo yo aquí, que velaré por ella, que rogaré á la Virgen la cobije con su resplandeciente manto.... Luego, vuestras obras, vuestro inmortal Quijote, ese libro admirable, incomprensible todavía: ese inestimable tesoro lo buscarán con avidéz, lo guardarán codiciosos, y hará vuestro nombre preclaro, insigne: ese libro dará oro á Catalina, que podrá holgadamente vivir con el fruto de vuestra laboriosidad.

—Su hacienda, insistió Miguel, reduciase á unas tierrecillas de Esquivias, constituían la hacienda de sus padres, era su único patrimonio.... esas tierras han sido vendidas en el trascurso de mi penosa enfermedad y....

—Catalina, os lo repito, no echará de menos su perdida dote: con vuestro génio le habeis asegurado el porvenir.

—El Señor os oiga, padre.

—Roguémosle que así sea.

Cervantes, agitado por tan diversas emociones, desplomó la cabeza sobre la almohada, y calló.

El fraile respetó aquel silencio, y tornó á su rezo.

(Se concluirá.)

FEDERICO SAWA.

LA CARA.

Hé aquí una cosa en la que todos tenemos puestos los ojos.

Y sin embargo, no hay quien pueda verse la cara si no acude al recurso de mirarse en un espejo.

Nadie se hace cargo del sentimiento de curiosidad que nos impulsa á buscarnos al otro lado de esos pedazos de cristal, sin cuya previa consulta apenas nos atrevemos á salir á la calle.

Parece que tomamos ese apunte para poder distinguarnos entre los demás.

Todo el que se acerca á un espejo dice interiormente: «voy á ver quién soy yo.»

Conócete á ti mismo, ha dicho la antigüedad con la voz de la filosofía.

Y esto nos ha parecido profundo.

Nada hay mas superficial que un espejo, y sin embargo antes que la antigüedad y que la filosofía, habia dicho al hombre: «mírate.»

La cara y el espejo son dos cosas estrechamente unidas por ese vínculo misterioso que une el tacto á la mano.

El tacto es el que continuamente nos está diciendo: esta es tu mano, este es tu brazo, este es tu cuerpo.

O en términos mas breves.

«Aquí estás.»

Los espejos son los que todos los dias se nos ponen delante para repetirnos: esa es tu frente, esos son tus ojos, esa es tu boca.

O de otro modo mas completo.

«Ese eres tú.»

Todo espejo es un lienzo dispuesto á reproducir instantáneamente nuestro retrato.

Semejantes al corazón de muchas mugeres, solo reproducen la imagen que tienen delante.

Suprimanse los espejos, y cada hombre tendrá de su cara esa idea confusa que nos queda de las cosas que hemos perdido.

La cara es una especie de contraseña que es preciso comprobar todos los dias á la luz de

los espejos para no confundirnos con los demás.

Un hombre sin cara vendría á ser un anónimo, una carta sin firma, una especie de sér clandestino.

La cara es un agente de policía que nos va denunciando por todas partes.

El mundo es una aduana, el hombre un fardo y la cara es la marca.

Un hombre sin cara sería una cosa imposible; por ejemplo, sería una moneda sin acuñar, una *i* sin punto.

Ese espacio comprendido entre la frente y la barba, nos sirve como de título por medio del que acreditamos la propiedad del resto de nuestro individuo.

La cara es una cosa inevitable.

Para nada se necesita tanto como para ser descarado.

Este palmo de tierra no se verá nunca libre del dominio de las facciones.

Dicen que la cara es el espejo del alma.

Esta es una idea que solo le ha podido ocurrir á las mugeres hermosas.

Equivaldría á decir, ningún tarro primorosamente labrado, puede contener veneno.

El verdadero espejo del alma son los pensamientos.

¿En qué consiste la belleza de una cara?

Es posible que nos lo diga un pintor trazando sobre el papel unas cuantas líneas puras y correctas.

Pero esa es la belleza que los pintores ven por la punta de sus pinceles.

Cada uno de ellos tiene otro modelo, otra cara llena tal vez de incorrecciones, que por medio de una maravillosa fotografia ha ido á grabarse en el corazón.

Para una madre no hay nada mas bello que la cara de su hijo.

La cara de la muger mas hermosa, no vale tanto como la cara de la muger mas querida.

Repase cada uno su memoria y es posible que todos encontremos algun recuerdo perdido en el fondo de nuestro corazón que pueda servir de testigo en este momento.

Hay mugeres que no serían tan bellas sino tuvieran algunos defectos.

Por eso un lunar en una obra de arte, es una imperfección al mismo tiempo que en la cara de una muger es una belleza.

Verdaderamente caras no hay mas que las de las mugeres.

Nosotros solo sabemos lo que cuestan.

Supongamos que el alma es un pensamiento: pues bien, la cara es la palabra de ese pensamiento y la naturaleza no acierta siempre á expresarlo.

Por eso Sócrates no tuvo cara de Sócrates, ni Neron cara de tigre.

Pero al fin la cara es un libro en el que cada uno lee á su manera.

Se nos obliga á llevar pegado en la frente esta especie de anuncio que nos va pregonando por todos los sitios que atravesamos; mas á cada uno se nos permite el uso especial de una colección de caras, segun los casos y las circunstancias.

Hé aquí una cara cuyas líneas puede trazar cualquiera segun su capricho.

Es indiferente que tenga la boca grande ó pequeña, la frente ancha ó estrecha, la nariz larga ó corta, los ojos oscuros ó claros.

Lo que importa es que esta cara pertenezca á un hombre que no sepa qué hacerse; que se encuentre en ese momento en que todos los libros son insípidos, todas las mugeres insustanciales, todos los amigos impertinentes.

Mírese bien y se verá una cara de fastidio.

Llaman á la puerta, se abre y entra una carta.

La carta contiene un solo reglón que dice: «Amigo mio, nos ha caído la lotería.»

Estas palabras entran por sus ojos como un rayo de luz por el cañon de una chimenea;

y la cara de fastidio se convierte por la acción química de su rayo de luz, en una cara de pascuas.

Otra vez llaman á la puerta y otra carta penetra en la habitación.

Es una carta escrita por las cuatro carillas.

Su vista empieza á devorar renglones y la cara de pascua, por un movimiento casi imperceptible, se va trasformando en cara de perro.

La carta está escrita por otro amigo que necesita dinero para salir de un apuro.

También podemos hacer uso de las caras de piedra.

Sirven como las murallas para cerrar el paso á todo.

Pero las mas útiles son las caras de baqueta, porque son el reverso de toda clase de pudor.

Colocad á una niña de quince años entre su padre y su novio: observadla bien y vereis que tiene una cara para mirar á su padre y otra distinta para mirar á su novio.

La cara que la doncella encuentra todas las mañanas en el lecho perfumado de su opulenta señora, ¿es la misma cara que á la noche vemos todos en el teatro?

La cara que no es mas que un efecto de perspectiva.

Una superficie sobre la que refleja mas ó menos bellamente la luz del sol ó la luz del gas.

Solamente es una gran cosa cuando aparece interiormente iluminada por la luz de los sentimientos puros, por los rayos de un alma bella, por los reflejos de un corazón hermoso.

Entonces la cara es el cielo.

J. SELGAS Y CARRASCO.



Á LA ESPERANZA.

Cándida flor de celestial esencia;

Purísima sonrisa

Del Eterno, que halaga la existencia;

Del cielo alentadora mansa brisa,

Tú mitigas del alma la dolencia,

Porque, al girar sumisa

En torno del mortal, eres divisa

De la escelsa y brillante Omnipotencia.

Tú eres el manantial, que puro avanza

Y fecundiza nuestra pobre mente;

El iris de bonanza,

Que brilla en el dolor. ¡Santa esperanza,

Que al corazón agitas dulcemente,

Yo te bendigo, porque tú en el alma

Creas cielos de paz y de ventura

Y eres la bella palma,

Que gloria ofrece á nuestra vida oscura!

Tú el eterno pensil de hermosas flores,

Que esmalta de la fé bello el rocío;

Astro puro de vívidos fulgores,

Que brillas misterioso en el vacío

De nuestras desventuras y dolores;

Tú divinal consuelo,

Que Dios al hombre le dejó en el mundo;

Emanado del cielo,

Gérmes en glorias y virtud fecundo;

Yo te bendigo con ferviente anhelo!

Tú en la cuna del niño te apareces,

Cual peregrina estrella;

Tú de cándida virgen embelleces

Las horas, porque meces

En dulces ilusiones su alma bella;

Tú eres de la existencia fuerte egida,

De la virtud amparo;
Tú la idea sublimas abatida;
Perenne escelso faro;
Encanto celestial de nuestra vida.

Bendita seas, ¡esperanza mía!
Bella flor de las flores,
Que al corazón inundas de alegría!
Astro, cuyos fulgores
Iluminan la errante fantasía!
Bendita seas, porque tú me alientas,
Si triste el alma llora!
Dulce brisa de paz, que el duelo ahuyentas,
Bendita seas tú, que en las tormentas
Calma vienes á dar halagadora!
¿Qué importa padecer, si á nuestro lado
Fulguras, cual la estrella vespertina?
¿Qué importa que este mundo despiadado
El vuelo detener anhele osado
Del alma, que á lo eterno se encamina,
Si brotas tú, la cándida azucena
De celestial purísimo perfume,
Y ornas la vida con tu paz serena
Y del triste pensar la dura pena
Tu fragancia suaviza y le consume?

Iris, que anuncia al corazón bonanza:
Flor, que embelleces la existencia mía:
Consuelo del mortal, santa esperanza,
Nunca apartes de mí tu lumbre pia!

ISABEL POGGI.

SERENATA.

Cual se marchitan las gayas flores
Al rudo empuje del huracán,
Lo mismo, Marta, con tus rigores
Las néveas rosas de mis amores
Gala y perfume perdiendo van.

Mágica estrella, sultana mía,
Alba paloma, púdica flor,
Abre á mi canto tu celosía,
Demos unidos al nuevo día
Plácida aurora con nuestro amor.

Cinta de nacar verás el río
En tu amorosa dulce ilusión;
Lluvia de perlas en el rocío;
Ricos aromas en el vacío,
Y dentro el mío tu corazón.

A tus amores el nuevo día
Daré en su aurora dulce fanal,
Abre amorosa tu celosía,
Bogue tu barca, Gacela mía,
De mis amores en el raudal.

Que esa tu frente como la nieve,
Que esos tus ojos que fuego son,
Que ese tu talle gentil y breve,
Que esa tu planta menuda y leve
Son el delirio del corazón.

Ya de tu reja do amor se anida
Las fuertes hojas siento mover,
Abre sultana, Garza querida,
Del bien gozemos que amor convida
Enloquecidos en el placer.

Deja que al rayo del nuevo día
En alas vuele de mi ilusión.
Por que te rindan, Gacela mía,
Su flor mas alta mi fantasía,
Su flor mas honda mi corazón.

Oye amorosa de mi querella
La ardiente cuita de mi dolor;
Que aun mas te adoro mi Marta bella,
Que adora al cielo fulgida estrella,
Que adora al bosque la blanca flor.

Y si en delirios enagenada
De amor forjaras bella ilusión,
Dame en tus ojos, Marta adorada,
Esa la hoguera de tu mirada
Do está cautivo mi corazón.

TEODORO MARTEL FERNANDEZ DE CÓRDOBA.

LA MANO ARDIENTE.

TRADICION

POR

RAFAEL BLASCO.

(Continuacion.)

—¿V. no me odia? preguntó con ingenuidad la gitana.

—¡Odiarte!

—¡Me han odiado tantas personas en el mundo! ¡Yo no sé cual es mi delito para que así me hagan daño! Mi madre me enseñó á decir la buena ventura, esa ha sido toda mi educacion; son muchos los ambiciosos, los enamorados, los rechazados por la fortuna, los hombres de todas condiciones que me han consultado sobre el día de mañana y casi todos me han escarnecido despues; son mas todavía las mugeres que me han preguntado su porvenir y todas me han aborrecido de corazón. ¿Por qué primero tan afables y despues tan crueles?

—Por una razon muy sencilla, porque eres hermosa.

La confusion de Dolores subió de punto y apenas pronunció estas palabras:

—Pero, aun suponiendo que eso fuera cierto, no es una razon.

—Lo es y muy poderosa; los hombres hablan mal de tí por despecho, las mugeres por envidia.

Dolores no contestó, y su amiga, aprovechando su silencio, terció en la conversacion con poco gusto de Felipe.

Entre tanto el tío Antonio me daba los siguientes consejos:

—Es V. todavía jóven, aunque ya puede andar solo; le aconsejo, compadre, que no se deje alucinar por ninguna hembra; mire V. que una hembra perdió al abuelo Adán y nos perdió á todos, mire V. que son peores que las serpientes, mire V. que cuando se empeñan en volver loco á un prógimo lo consiguen, mire V. que tienen muchas palabras buenas y muchísimas obras malas, y no digo mas. Y ahora bebamos otra caña.

IV.

Muchos días trascurrieron sin que dejáramos ni uno solo de acercarnos Rocafull y yo á la cabaña del tío Antonio, donde encontrábamos constantemente á Dolores, que cada día descubría una nueva virtud ó una prenda bellísima de carácter.

Dolores era una de esas mugeres extraordinarias que nacen para brillar en el gran mundo, cualquiera que sea su cuna, y que se elevan hasta cumplir su destino, á no ser que la muerte tronche la perfumada flor de sus esperanzas.

Hija de un gitano, sin instruccion, sin educacion alguna, reemplazaba, sin embargo, todo esto con una delicadeza de sentimientos, con una dulzura de carácter, con un tacto especial en sus palabras, que mas que disposicion esclusiva de la naturaleza, parecia el resultado del estudio ó del trato de personas elevadas.

Nadie como Dolores sabia hablar sin herir en lo mas mínimo el amor propio de los demás; nadie realzar las buenas prendas ajenas, sin que el elogio cayera en aduladora lisonja; nadie adivinar por un gesto, por la inflexion de una palabra, el pensamiento íntimo de una persona.

No era extraño, pues, que Rocafull se enamorase de Dolores, y lo que es mas, se enamorase con toda la vehemencia, con toda la intensidad de la pasion.

La conducta de mi amigo cambió por completo en aquellos días. Todo lo que antes formaba su delicia, su única distraccion, llegó no solo á cansarle, sino á causarle hastío. Nuestros compañeros de orgías y desórdenes se

burlaban de su retraimiento y aseguraban en són de broma que trataba de retirarse á un convento á llorar sus culpas.

En la ciudad no era un misterio el amor de Rocafull; pero acostumbrado el pueblo á sus extravíos, no veía en este amor sino un extravío mas, al que se pronosticaba un éxito desgraciado; porque habian comenzado á correr ciertas historias en las que jugaba el tío Antonio un importante y significativo papel y otro triste ó por lo menos ridículo, los que habian tratado de ser amantes de su hija.

Pero todos los que hablaban con ésta una sola vez, amigos ó enemigos de Rocafull, todos quedaban admirados de su discrecion y de su virtud, y si no justificaban la conducta de Felipe, se inclinaban por lo menos á absolverle del pecado de amor que habia cometido.

Felipe habia confesado su pasion á Dolores, que le contestó con dignidad:

—Es mucha la distancia que nos separa; V. no puede, no debe amarme.

—Para el corazón no hay distancias, ni condiciones, ni gerarquías; yo te amo.

—Pues bien, yo no debo corresponder á ese cariño.

—¿Por qué razon?

Dolores se estremeció y dijo:

—Ese es mi secreto.

—Te comprendo y me resigno. Otro amor ocupa tu corazón, y no quieres entristecerme con esa noticia.

—No es eso.

—¿No amas á otro hombre?

—No.

—¿Por qué rechazas mi cariño?

—¡Oh! exclamó la pobre niña, no me pregunte V., no exija V. que le conteste, porque no he mentido nunca, no se mentir.... y temo hablar en este momento.

—Yo solo exijo de tí la verdad, por mas dura, por mas amarga que sea. ¿Me amas?

Dolores no contestó, pero un vivo carmín sonroseó sus mejillas.

—Mi pregunta ha sido atrevida, añadió Rocafull; ninguna muger que en algo se estima contesta afirmativamente al hombre que se la dirige por primera vez, aunque adore á ese hombre. Responde, Dolores, ¿por qué has dicho que no debes amarme?

—Por no causar su desgracia.

—¿Vá con tu amor unida la desgracia?

—Mi amor seria su muerte.

—¿Mi muerte!... ¿por qué motivos...?

—No recuerda V. mi prediccion del otro día?

—¿Qué me importa?

—Importa mucho. He visto claramente en el porvenir que un amor le causaria la muerte.

—¿Pero, crees tu en la adivinacion?

—Si creo... como en la nube que pasa, como en el agua que corre, como en el sol que nos ilumina. Mi madre era una gran adivinadora, cualidad, que segun dicen, reside hace siglos en mi familia, y jamás dejaron de cumplirse sus vaticinios; ella me inspiró esta confianza ciega en la adivinacion al mismo tiempo que me reveló sus secretos. Yo no he tenido otra educacion, yo no conozco esa sociedad, cuyo rumor llega hasta mis oídos, mas que por las frases entrecortadas que se escapan á las damas que buscan el humilde albergue de la gitana para que descorra el velo que oculta su porvenir, pero he comprendido que eso que llaman preocupacion es el patrimonio de todas las clases, solamente que cada clase tiene su preocupacion especial, que es su ley y su creencia y su vida, y vivo tranquila con mis preocupaciones, sin pretender que los demás las acepten, aunque sin consentir en desterrarlas de mi corazón.

—Luego tú crees que el vaticinio del otro día...

—Creo que un amor ha de serle fatal, y no quiero que la desgracia caiga sobre su cabeza por mi causa.



EL PESCADOR DE CAÑA.

LIT. V. ALFRE

Todo el que pesca en España,
Si pesca del presupuesto
Ya tiene repleto el cesto,
Ya tiene buena cuchaña.
Pescador que con la caña

Coger un barbo pretendes,
El negocio poco entiendes;
Pesca turrón, no seas tonto;
¿Quiéres conseguirlo pronto?
Pues te alquilas ó te vendes.

—¿Ese es el único motivo que tienes para no aceptar mi cariño?
—El único.
—Pero si ese motivo no existiera....
—Por desgracia existe.
—Pero si no existiera ¿rechazarías mi amor?
—No lo rechazaría.
—Luego me amas, Dolores, me amas: no es preciso que tus labios hablen, me basta con el rubor que advierto en tu semblante; me basta con la turbación que en este momento experimentas.
—Pero es preciso matar este amor, es preciso que no salga del corazón; con él viene la desgracia.
—¡La desgracia! ¿Que desgracia puedo temer si tu me amas? Has hablado de muerte; pues bien esta vez dejarán de cumplirse tus vaticinios, esta vez la desventura no se atreverá a cebarse en sus víctimas. Yo arrostraré la burla del mundo, yo arrostraré el desprecio de la sociedad, yo lo arrostraré todo por tí y serás mi esposa al pie de los altares.
—Lo impedirá el destino.
—Yo venceré al destino si tu cariño me alienta.

—Es decir, que no bastan mis esfuerzos para hacer que V. me olvide?
—No puedo olvidarte.
—¿Qué está V. dispuesto á todo?
—A todo. Si es preciso que los mayores tormentos acibaren mi existencia, los sufriré; si es preciso sucumbir, sucumbiré; pero no renunciaré por eso á tu amor.
Dolores ocultó la cabeza entre las manos y meditó por breves instantes: un mundo de pensamientos debió cruzar por su imaginación; cuando levantó la frente una transformación completa le había operado en su semblante; á la timidez que produce la debilidad había sucedido la resolución que dá la energía; la niña se había vuelto muger.
—Rocafull, dijo; yo te amo; yo sé que vas á morir, yo sé que quizá moriremos los dos; pero tu lo quíeres y desde hoy en adelante tu voluntad será mi voluntad.

Rocafull cayó de hinojos á sus piés, exclamando:

—¡Bendita seas, Dolores, bendita seas!

(Se continuará.)



Unicamente tendrán opción á los regalos ofrecidos á los señores suscritores por medio año, los que se suscriban por dicho tiempo hasta el 31 del presente mes: pasada esta época ninguna reclamación será atendida.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.